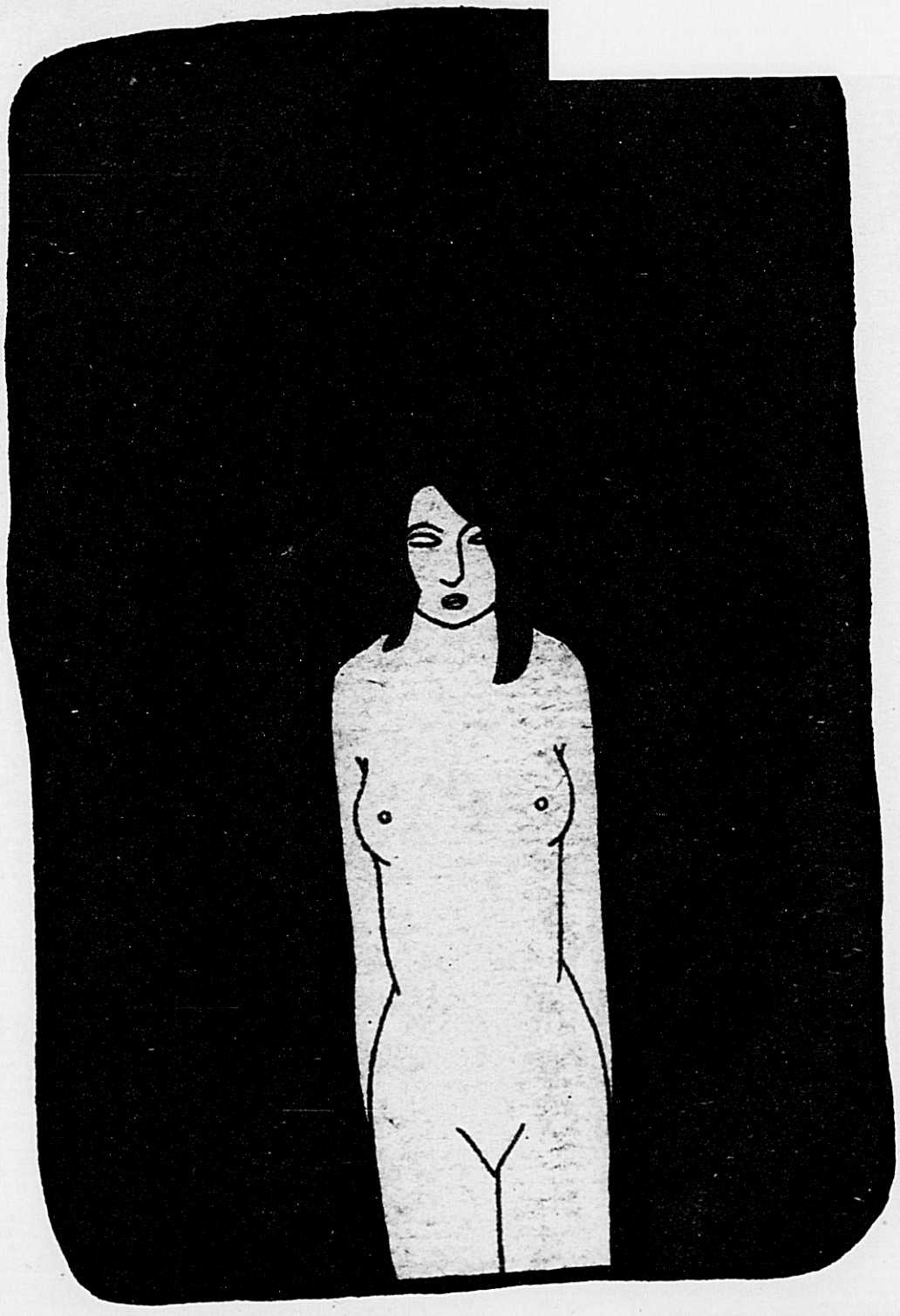
LA NOVELA D

1
233445



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA MALDITA CARNE

POR FERNANDO MORA

1 PTA.

1
233445

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		**Extranjero:**	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I	*La Virgen Desnuda.*
II	*Desamor.*
III	*De Pecado en Pecado.*
IV	*El Pozo de las Pasiones.*
V	*La Bien Pagada.*
VI	*Emocionario.*
VII	*La Sin Ventura.*
VIII	*El Divino Pecado.*
IX	*Con el pie en el Corazón.*
X	*San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI	*Hombre de Amor.*
XII	*Un Hombre Extraño.*
XIII	*En Carne Viva.*
XIV	*Una cualquiera.*
XV	*Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV.	*Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI	*El Jefe Político.*
XXVII	*... A Besos y a Muerte.*
XXVIII	*Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

R 3221914

47/1504301

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).

«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).

Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).

Silencio, novela (segunda edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**

El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**

Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**

Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**

La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**

Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, **5 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.

La niñez del Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.

¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 31 de octubre de 1924 Núm. 15

LA MALDITA CARNE

POR

FERNANDO MORA

Ilustraciones de RIVERO GIL

UNA PESETA

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.

Envío este trabajo a mi buen amigo el doctor Ruiz Maya, ilustre alienista y novelista cordobés, para que diagnostique el "caso".

Efusivamente.

F. M.

... y dijo el poeta:

—¡Fué una tragedia horrible, en la que bajo un cielo de borrasca el genio del mal triunfó sangrante! Yo lo vi, y para que las generaciones venideras lo conozcan con todos sus detalles—detalles cruentos, negruzcos como la pólvora, como la sangre rojizos—, unas cuartillas enjareté, y aquí las traigo por si usted las quiere oír...

El poeta, un buen muchacho, receloso como todo hijo de la provincia cuando con uno de la Corte se halla, titubeó un tanto. Pero

yo le animé, y bajo una cajiga que abre el abanico de sus ramas cara el mar, comenzó, sin más comentario, la lectura del suceso que enfáticamente dice y titula *La maldita carne*.

I

CAMINO DE PENITENCIA

Cuando formaron la cuerda—"guindala" en el argot de presidio—y entre guardias civiles salieron los que en tránsito iban al penal del Cantueso, Darío estremecióse.

—¿Qué tienes?—le preguntó un mozo como de veinte junios, mirar franco y labios de goloso, que hacía su "pareja".

No contestó el penado; con la mano izquierda—la derecha era la atraillada—tapar quiso su rostro. Pero como gemía, como el temblar de su recia persona indicio era de mal o de miedo, a decirle tornó con gesto amable:

—¿Qué te sucede, Pepe? ¡Habla, hombre,

habla, que descargando el corazón algún alivio se encuentra, y tú, por lo que veo, precisas de él!...

Entonces, sí; entonces, agradecido al modo que empleara su compañero (enamorado mozo que en mal día mató ciego de rabia a su mejor amor), contestóle:

—¡Es que como estamos ya en San Javier!...

No comprendió Luis, que ése era el nombre del muchacho, y por no comprenderle hubo de decirle:

—Que en San Javier hemos recalao no tienes que juralo, porque lo sé; y si no lo supiera, el mar oscuro y las nubes pardas lo cantan muy a lo claro; pero como eso nada me dice, has de contar, porque lo ignoro, la razón de esos espeluznos que te dan, tal que si de fiebre fueran, y también de tu lagrimeo, que, sin guasa, me parece de funeral de primera clase.

La broma, a cuenta de su inquietud y duelo, no impidió que Darío, algo calmado, dijera en seguida:

—Hablas en chanza, y no me hiere, porque no recuerdas una cosa...

—Pues dila ya.

—Que éste es mi pueblo...

—¡Ah!... ¡Vamos!

—Que aquí nací y que aquí corrí de muchacho; que mis padres viven aquí...

Asentía el mozo, y Darío, con la fecundia del doliente que halla consuelo enumerando sus dolores, siguió:

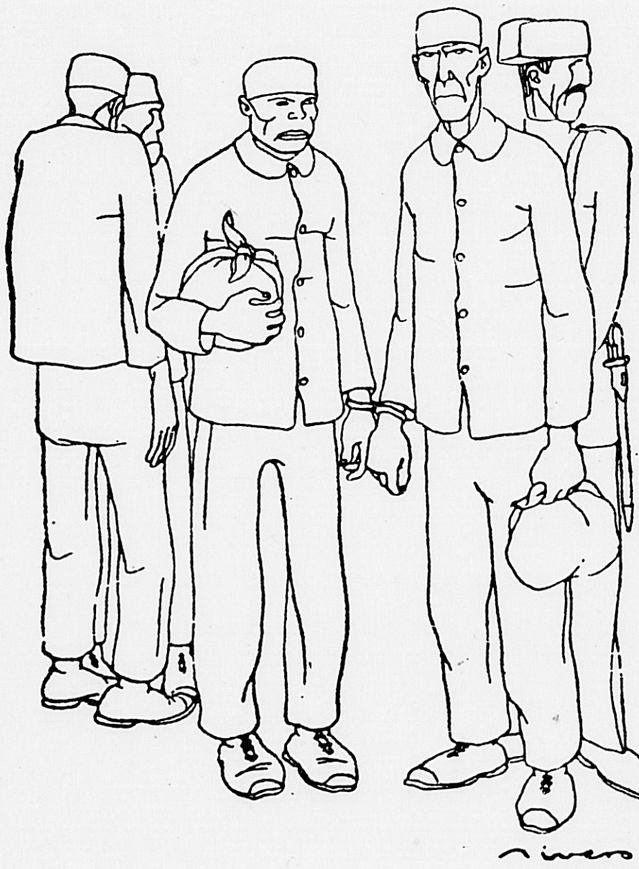
—¡Mira!—dijo cuando de la estación de Madrid salieron para ir hasta la de Bilbao, que es la que pasa por el penal—. Por cima de esa cuesta que la gente llama, aunque no se llama, de la "Pobreza", puede que porque encima está el barrio alto de los pescadores, viven con mi hermano Lucio, lo contrario

que yo, quieto, sin ambiciones, y con más resignación cristiana que la mía, mi hermana Amelia, hermana que no conozco y tiene, debe tener, diez y siete cumplidos; mis pobres padres, mis abuelitos santos, que no parece sino que no lo sean míos, ya que nada heredé de lo bueno de ellos... ¿Comprendes ahora mi vergüenza y mis lágrimas? ¿Te das cuenta de mi miedo y de mi inquietud?...

Bajó la frente; su gorro pardo, sin visera, invención maligna que quiso ver clavados, con el insulto de la deshonra, los dardos del mirar callejero, a sus cejas fué.

En la figura de un civil que le oía, y sin desarrugar el ceño—lo prohibía la cartilla de Ahumada—se emocionó escuchando, fijóse, y dijo después:

—¡Mi vida, mi perra vida es, ha sido, un fracaso en todo, Luis, amigo; a mí, desde que salí, nadie me amparó; a mí, desgraciado de mí, nadie me amó tampoco.



—Más te vale, que por amar sufrimos otros, Pepe.

—Eso no, Luis; que tú, a la postre, tienes algo...

—¡Penas!

—Y recuerdos; malos recuerdos, sangrantes recuerdos, pero recuerdos al fin; y yo, ¿qué tengo? Nada; menos que nada: asco; porque a ti te quisieron por ti, y a mí no; a mí, por mi oro.

—Sin embargo...

—Nada, Luis, nada... De los hombres, sólo explotación y engaño, y de ellas...; pero ¿qué puedo decir de ellas, si se me dieron a tanto la hora?...

—¿Es posible—interrogó el más mozo—que no hayas tenido nunca amor de mujer?

—Nunca.

—Es extraño.

—Cuando salí, no salí a eso: salí a por

plata. Claro que si la hubiera conseguido... ¡Pero no la conseguí! Por otra parte, la verdad sea dicha, las mujeres con que topé no me gustaron: me parecieron guiñapos muy sucios.

—¡Ya es desgracia!

—¿El qué?

—¡El no haber visto una mujer que te petase!

—Pues no la vi nunca...

—¿Ni la soñaste?

—¡Oh! ¡Eso!...

Charlando así, llegaron hasta el puerto, pleno de embarcaciones, donde un destróyer oscuro y achaparrado hacía extraña pareja con un *paquebot* de refinamientos alegres, de armazón airoso, de colores amables y finos, y cerca, soportando el acoso de un lanchón remozado con reluciente brea, una falúa modernísima coqueteaba con el brillo de

sus herrajes y el blancor lechoso de sus pinturas.

Aquello y más vió Darío, que, abriendo los ojos para retener más cosas, exclamaba:

—¡Oh, mi mar! ¿Verdad que esto es mar, y no aquel de Valencia, azul y quieto como un lago?

Asintió y miró Luis.

En la bahía, sobre el agua, inquieta entonces, danzaban, jugaban buen golpe de lanchucas: desde la dedicada al transbordo de carbones a la pintada de esmalte, nacida sólo para el placer; más al fondo, recortándose sobre la oscura montaña de gibas disformes, de costrosas laderas, tres vapores de carga, licenciados ya, herido alguno por torpedo teutón, pudríanse tras haber llenado de oro las arcas de sus dueños; y sin arribar, esperando atraque, pacientes bergantines de botalón en lanza, dispuestos con he-

roísmo de veterano a defender lo que, pareciendo un mascarón, era el retrato de una mujer amada, mecidos eran suavemente, amantemente.

—Mira—dijo locuaz y casi feliz Darío—. ¿Ves un monte al fondo de la mar, así como un cucurucho grande? ¿Sí? Pues a su falda, por donde corre un río verde entre cajigas muy frondosas, está Alares, un pueblín de lujo, precioso, guapo de veras; más a un lao, yendo a la mar, está Loreña, la del puerto de juguete; y aquí, en derechura de ese mástil de ese vapor, sobre la mancha casi negra, que es de árboles, el sanatorio de la Peñota... ¡Qué sitio más bonito! ¡Y qué saludable! A él van, es decir, llevan por el verano a los niños pobres de las escuelas, y en él hay un hospital muy alegre y muy limpio, pero que da mucha tristeza ver...

—¿En qué hospital no da eso?



—En éste más, porque sólo hay niños; los niños que los canallas de los padres han condenado a sufrir siempre; los que, por ellos gozar, llorarán mientras vivan...

—¡Pobres!

—Y tan pobres; yo los vi una vez, y no volveré nunca a verlos; me partían el corazón...

—La triste herencia, que dijo no sé qué pintor de historia.

—O como oí yo al practicante que nos acompañaba cuando vimos aquellas salas tan limpias y tan llenas de mal y de juguetes...

—¿Y qué le oíste? Acaba.

—Pues oí que dijo: "Esto, más que sanatorio, es un taller de reparaciones de pecado..."

Luis, que no era un hombre tan vulgar, pues siendo libre vivió de ser dependiente mercero, gremio el que más baila y más

literatura *consume*, sonrió comprendiendo la idea; Darío, tallista, hombre de oficio, lo que de manual había en la cosa.

Más tiempo estuvieron junto al muro de la coquetona estación, inmueble para *cine* ¡más bien, y el que se lamentara a la vez que reseñase miró hacia la desembocadura del puerto, con su isla-faro, gigante tortuga de negra caparazón en la que destrenza el mar su cabellera de blanca espuma.

—¿Qué es aquello?—se preguntó asombrado de ver que sobre una loma y en la península, casi isla, de Santa Elena, dos soberbios palacios lucían: el de tierra, un capitel rojizo, de cobre quizá, y el otro, el que se asomaba al Océano, una caperuza de pizarra muy negra y brillante.

—¡Pues no lo conozco!—se contestó luego de mirar largo espacio—. ¡En mi época no estaban!...

El guardia, que un instante dejó de serlo por mandato de caridad, dijo quedamente, sin dar el rostro, con voz opaca y sin por ello perder la dura jeta:

—¡El de tierra es un gran hotel; el otro es el palacio de los reyes en verano!...

¡Santo Dios, qué cosas! ¡Cuánto habia progresado la ciudad! ¡Hasta la Casa Real era su huésped!...

—En mi tiempo—a Luis se lo dijo, aunque el civil lo escuchara—era San Javier más pobre: ni jardinucos, esos que hoy tienen hasta esculturas de señores sentados, tenía; verdá que el mar, que lo han echao pa la banda de fuera, llegó—yo lo vi—hasta las casas de atrás, hasta la ribera talmente, hasta un café que le llamaban "El Suizo"...

Con la cabeza dijo que sí el vigilador de aquellos hombres.

—¡Digo! Como que mar era donde esta-

mos, y la estación no existía, aunque sí otra muy vieja de tablas, que quemó el pueblo en un motín...

—¡Que quemamos!—dijo una voz opaca.

¿Quién había dicho tal cosa? ¿Fué el civil, vuelto entonces de espaldas? ¿Fué algún curioso que cerca de los presos se puso?

A mirar, a preguntar iba Darío, cuando un teniente, seguido de un cabo, requisó *la cuerda* y, llegado hasta él, dió orden de pasar a los andenes.

—¡Qué vergüenza, Luis! ¡Me han conocido!

—¿Que te han conocido?

—Sí; ¿no oíste? Uno me dijo, recordando lo que no recordaba: "¡Que quemamos!" Y es verdad que yo también la quemé...

Igual que reses, no mejor, pusieron a los presos dentro de un angosto coche, ni nuevo ni limpio.

—¿Quién será?—repetíase Darío con insistencia.

Acomodados, mal acomodados, seis civiles sumáronse a la masa de carne pecadora.

—¿Quién será?—tornó a preguntarse el hombre.

Al fin rodó el tren. El silencio vino. La ristra de amarrados nada habló; quien cerró los ojos; quien los abrió para mirar sin ver un punto cualquiera. ¿Qué les importaba el bello paisaje? ¿Qué la cima luminosa del castillo Pedregoso si una cadena sujetaba sus carnes y su espíritu a la oscuridad de una cuadra presidiaria y a la rigidez de una reglamentación inquisidora?

Por los cuadros de luz de seis túmidas ventanas con hierros pasó el mar, las casas renegridas, los praderíos jugosos, las bestias de piel con brillo, el penacho gris de humeantes fabricaciones y hasta la cara risue-

ña de una mozuca con la vista en descanso y el talle en suspenso.

—¿Quién será?—por tercera vez interrogó Darío.

Luis, fatigado, encogióse de hombros.

El sanjavierino, mirando el paisaje, recordó triste y también alegre su infancia de pájaro gorjeador, y en contraste, ¡qué amargura puso en su boca su estado actual, su estado de pájaro errabundo, de pájaro curioso de horizontes que por huir loco del nido llevaba la Justicia a la jaula dura de la penitenciaría del Cantueso!

Y pensando así, pensó en sus padres, en su hermano, en aquella hermanuca, mujer ya, que no conocía; y al notar que su delito podía mancharlos, sintió que las lágrimas tornaban a sus ojos, un suspiro hondo salía de su pecho y con una voz empañada de llanto habló a su ánima.

—¡Que no sepan aún de mí!—dijo—. ¡Cuando cumpla, me presentaré con piadosas mentiras!

A tal punto, luminoso por lo acertado, un buque que desatracaba de "Viejo Monte" gimió, que gemido fué el angustioso pitar de su poderosa sirena.

II

EN EL CANTUESO

El aprendizaje no es bueno en ningún sitio, y menos en un penal donde mil y cien sujetos de toda condición rumian su desdicha y lloran con rabia su torpeza. Sin embargo, no por decir cárcel ha de decirse maldad, que muchos hombres guarda la prisión porque un mal día, por cosa ajena a su espíritu, fincaron de perversos siendo generosos, y de bellacos siendo nobles.

Dios, que de vez en vez nos deja un poco de su mano, sabe que esto es cierto, y por eso guarda, para el día de la gran equidad, raudales de amor para aquellos que sufrieron "persecución de la Justicia".

Darío, sin duda pensando a su manera lo que ahora se dice, sufrió con sonrisas y sin protesta las "novatadas"; y séase porque su aquel era pacienzudo, séase porque la simpatía era con su persona, los compañeros de *caena,* es decir, sus hermanos reclusos, le quisieron y aun le adiestraron en las mil mañas que hasta en presidio hay para pasarlo bien.

—¿Tu oficio?—preguntáronle un día.

—Ebanista soy. Y trabajo de talla.

—Pues vienes que ni de molde; uno que teníamos acaba de ser licenciao...

—¿Entonces?

—Pues que desde ahora mismo te acoplas al taller.

—¡Cómo! ¿Al taller? ¿Pero es que en presidio hay de eso?...

—¡Digo! ¡Y mejor que muchísimos de la calle!... Aquí, ya lo verás, se trabaja a lo fino y para fuera.

—No sabía.

—Pues sí.—Y como quien lo hablaba no conocía su nombre, preguntó:—¿Cómo te llamas?

Para no equivocarse paróse a contestar Darío.

—Pepe me llamo—dijo al suelo.

—Pues bien, Pepe, aquí, excepto pasear por fuera y tener trato con... mujer, lo demás lo tenemos todo, y de sobra.

No entendió Darío.

—¿De sobra?...—preguntó para saberlo.

—Y más que de sobra, porque nuestro Economato no envidia a las cantinas del rey.

—¿Si?

—Y disfrutamos de sus cosas porque como al trabajar cobramos un jornalito...

—¿Cobrar dices?...

—No como en la calle, claro es, pero en comparanza más, pues aquí to está pagao:

cama, manducatoria, sastre y hasta la cédula de vecindad; de modo que el taller, siendo distracción que hace menos larga la espera, hasta pa el Economato da, ya que con lo que sudas comprar puedes jamón, y embuchao, y latas de to, hasta de langosta...

Ocho días llevaba, y ya le asignaron un banco de faena.

Los compañeros, recelosos al principio, esperaron a oírle y verle trabajar.

De charla parco, al trabajo se dió tan por completo, que en el testero de una cama, encargo de novio, hizo una tan bonita greca de flores que los compañeros, todos los compañeros, le felicitaron.

—¿De verdad que os gusta?—preguntóles un tanto engreído.

Como le dijeran que sí, añadió locuaz:

—Eso no es nada: en la talla de figuras

estoy mejor... Un bajorrelieve hice de niños y de frutas que me lo premiaron.

—¿En Madrid?

—No: en Méjico...

El encargado, un alcarreño homicida, preguntóle qué tiempo le quedaba de condena.

—¡Pues... un año y cinco meses!—contestó Darío.

Y aquel hombre, que no era perverso, no se sabe si por envidia o por la pérdida que era para su taller baja tan pronta, murmuró un "¡Qué poco!" imposible de calificar como pecado, ya que se ignora la intención del dicho.

No con todos, que sería tanto como merecer la chacota, pero sí con un compañero que antes dijo sus penas, nacidas de un mal querer, confesó la causa de su encierro.

—¡Impaciencias por el reparto social!—dijo chusco—. Y mejor que eso—añadió—:

tomar a un ladronazo lo que antes me tomó a mí de mala manera...

No era común hallar en el Cantueso delincuentes por robo; la mayoría lo estaba por delitos de sangre.

—¡Yo maté a mi novia por mala!—oíase a uno.

—A mi mujer, que me toreaba valiente, le di el supremo golletazo—declaraba otro.

—¡Por disputarnos a... *ella,* despaché a mi rival!

—¡*Ella* me incitó a que descabellara a su marido!...

Sólo de sangre, sólo de amor oíase en el presidio aquél; y, cosa extraña, aunque por culpa de hembras sufrían, sólo de hembras hablaban, no ya en el paseo, sino en el taller, en las naves de los dormitorios, en *todas* partes.

—¡Hasta que salga, me espera!...—escuchábase al que asesinó a su enemigo.

—¡Cuando cumplamos nos casaremos!—decía el matador del infeliz marido, y el novio sin novia, y el marido sin mujer esperanzados vivían: el uno, entendiéndose por cartas con una compañera de la muerta, mujer amante "de los hombres muy hombres", y el otro, dispuesto a matrimoniar con una antigua novia, viuda a la sazón...

Todos hablaban de placer o de querer, de esposas o de amantes, de mujeres siempre; y él, sólo Darío, callaba escuchándolos.

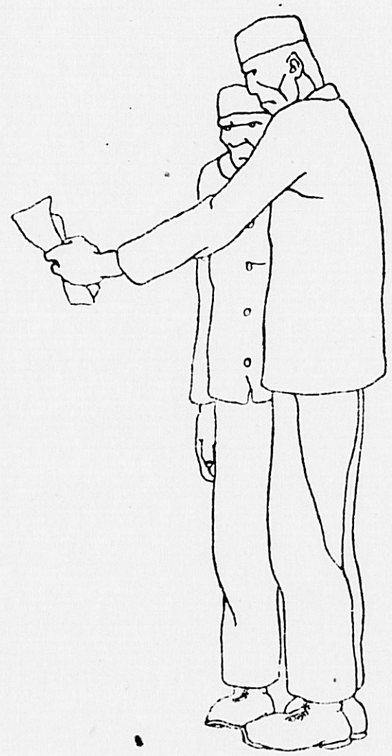
¿Cómo era posible que en sus cuarenta años no sintiera pasión amorosa de ningún género? Cierto que su norte fué, desde que, casi un niño, escapó hasta ir preso por el atraco, ganar oro, mucho oro; ser como los ricos de su pueblo, lucir como los elegantes, y después, después de la fortuna, conquistar

la hembra; pero como la suerte no quiso ayudarle, al trabajo se dió con rabia, con ahinco, con enojo insano, que hizo de él un infierno de desesperaciones más propenso a mezclar salitre con azufre que a rezar ante los altares de Citerea. Sin embargo, quizá el ambiente: candencia de deseo a medias incumplido, puede que por la vida quieta que en el Cantueso llevaba, posible que por una eclosión tardía, pero avasalladora, que a su instinto llamó con despótico imperio, tuvo noches de inquietud deseosa.

—Y me ocurre—decía a Luis, obrero de otro oficio—que sueño, no con mujer que conozca, sino con una mujer que nunca vi.

—¡Qué raro es eso!

—Pues así es, que la que sueño, y la sueño frecuentemente, es morena; con un pelo así como si azuleara, y con una boca húmeda, y con unos ojos...—¿cómo e diré yo?—,



con unos ojos de ébano, pero de ébano ya pulido...; ¿entiendes? Y tan bien la veo, y tan la conozco, que mira.

De un bolsillo sacó el hombre un papel, un dibujo, el de *ella,* con ojos negros, labios golosones y trenchas tal que alas de golondrina.

—¿Verdad que es hermosa?

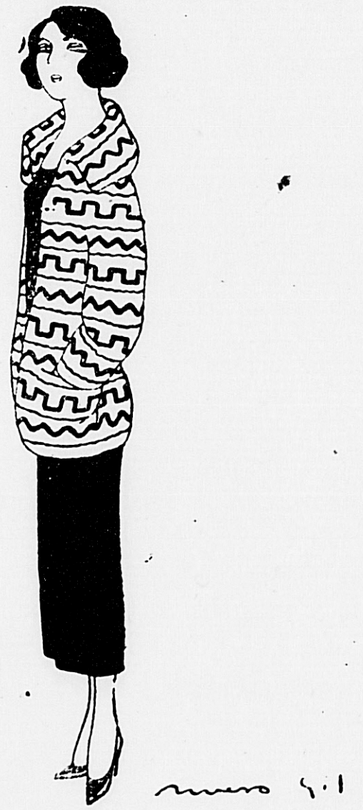
Sonrió Luis con burla.

—Mucho has tardao en encontrarla; pero, a la verdaa, merecía la espera...

Y así pasó un mes y dos, y tres iban a pasar cuando un día, en la hora agradable del paseo, en los momentos castos en que las regiones hacen sus grupos y aquí se oye el áspero catalán y allí la dulzura del bable astur, un vigilante preguntó gritando:

—¿Quién se llama Darío Mesa?

El frío del pavor corrió loco por la carne prieta de Darío. ¿Contestaría? No: callóse



prudente; declarar que no era José Ruiz era confesar una impostura, quizá un delito.

Como otros, acercóse al vigilante y, estremecido, oyó:

—¡Es la vez cuarta que vienen preguntando por este sujeto!

—¿Para algún "fregao"?—intervino curioso un vejete que, siendo libre, falsificaba.

—No: es pa cosa de su familia, que quien hablarle.

Los curiosos se separaron, y Darío, en un escucho que fué casi aliento, rogó al empleado voceador que le llevara ante el jefe de la penitenciaría.

Lo que viera el vigilante en la faz angustiada del peticionario mucha lástima debió darle, por cuanto sin titubear le dijo, prudente:

—¡Ven conmigo!...

Por un largo pasillo fueron; entró el del

espadín, pistola y uniforme a un despacho, y a poco, sin más palabras, dijo:

—¡Entra!

Con el gorro en la mano, llenos de lágrimas los ojos, cuadrado militarmente, hallóse Darío ante un señor de barba cana y adusto ceño.

—¿Qué quieres?—le dijo.

No habló el hombre; de rodillas cayó, y con las manos en cruz.

—¡Por su santa madre!—decía—. ¡Por sus hijos, no me recargue la pena, señor director!...

—¿De qué pena hablas y qué recargo es ése?—indicó suspenso el que mandaba.

Entonces, muy a la ligera, contóle su vida; dijo lo que había dicho al vigilante y de cómo él era Darío y no José; así, ya implo-ró del jefe de todos que por el delito de supuesto nombre no se le formara causa ninguna.

—Porque yo, señor, si lo hice, lo hice honradamente...

—¿Honradamente?

—Sí, señor, porque el Mesa de mi padre y el Gómez de mi viejecita madre son apellidos sin nobleza, ya lo sé, pero que a limpios, a decentes, no los gana ninguno en la montaña; por eso, por no deshonrarlos con mi deshonra mentí un nombre, uno cualquiera: José. ¿Quién no se llama José? ¿Y Pérez? Como así salvaba, señor, la honra de mis viejos, así mentí, y así le pido perdón ahora y licencia, ya que lo saben y ya que ahí están, para verlos.

Emocionóse el director, nada propenso a tales cosas, y ofreciendo, si era bueno como recluso, callar la falta, autorizó la visita.

Sonó un timbre, apareció en seguida el vigilante que conocemos, y en su compañía fué Darío hasta una angosta saleta sin más me-

naje que cuatro sillas, una mesuca de pintado pino y un Cristo en la pared blanca.

—¡Espera, que vuelvo!

Salió el vigilante; chirrió una puerta, otra después, y el silencio reinó como soberano.

Poco tardó en presentarse nuestro hombre, y de nuevo tuvo Darío que seguirle.

—Son tus padres, ¿sabes? Quisieran abrazarte: pero eso, no: el reglamento lo prohibe.

Pálido, escuchaba el preso.

—¿Y...?

—¿Qué?

—¿Están muy viejecitos?

—La abuelita, bastante; el abuelo, que debe haber sío un mozo de estampa, menos que ella.

—¡Pobres!

—¡Una alegría tienen por verte!...

Lloró Darío con la cabeza tronchada sobre el pecho.



—Seca los "clisos" y no seas "blanco". Además, ¿qué ánimos piensas darles con el "orobo" cayendo por la cara?...

Decía verdad: el de llorón no era su papel; su papel consistía en animarles, esperanzarles, en sonreírlos, para que al marchar no llevaran un recuerdo martirizador. Y así, ante una reja, que a distancia de un metro escaso tenía otra, acercóse Darío.

—Dentro de un momento vienen—dijo el carcelero.

Así fué; a poco, una voz de mujer preguntaba:

—¿Dónde?, digà. ¿Dónde?—se oyó claro; unos pasos luego, la mancha oscura de unas ropas, el confuso perfil de unas caras y la voz de una madre que, ahogada en llanto, sabía decir sólo:

—¡Hijo! ¡Hijo!...

Fué una escena de dolor intenso.

Pero un segundo duró, que el padre, de cutis cobrizo, negros ojos y voz que quiso firme y temblaba, dijo:

—No le apenes más, Cuca. ¡Bastante tiene el pobre!—Y después, agarrándose a los barrotes con cuanta energía necesitara para contener el llanto, preguntó:—¿De saluz, bien?

—Muy bien, padre.

—Es lo principal; lo ofro... con el tiempo... De la sepultura, Darío, es de donde no se sale; de aquí, siempre. ¡Conque un poco de paciencia!...

En la entrevista, que presenciara el vigilante—era su deber—, hubo lagunas que ninguno se atrevió a llenar.

Darío nada preguntaba, temeroso de oír malas noticias; ¡tantos años sin verlos!; ellos, tampoco, para no ensanchar la herida del presidiario; así, él sonreía a la madre, y la madre le miraba sonriendo.

—Estás gordo, hijo.

—A usted, a ustedes también les encuentro buenos.

—Muy viejucos ya.

—Eso sí, claro, se comprende...

Después, queriendo saber de los suyos, preguntó, no sin cobardía:

—Por casa... ¿Buenos?

—Gracias a Dios.

Y siguió preguntando:

—¿Entonces... Lucio...?

—Pidió el traslado a Andalucía.

—¿El traslado? ¿Pues qué era?

—Era..., es...

El viejo terció rápido; la vieja no pudo decir lo que pensara, y Darío oyó de su genitor, que no le miraba, temiendo que la mentira se conociese:

—Es... sargento de..., sargento de... Carabineros.

—¡Ah!

Dijo luego de su vida, de sus afanes, de sus esperanzas.

—Ahora, como no puedo, no salgo a la mar; tenemos una traineruca, y Galo, el hijo de aquel Galo que era tabernero en la calle Alta, la lleva con otros, y con lo que da eso, tu madre que vende y lo que Amelia cobra de sus costuras...

¡Bobo de él que por todo se interesó menos por la hermana pequeña! Verdad que no la conocía, verdad que no la sentía como tal hermana; pero ¿eso qué importa para haber preguntado?

Y preguntó:

—¿Cómo es? ¿Cómo está?

Sonrió la vieja.

—¿Ser? Mal dice el elogio en mi boca, pero cuenta que muy reguapa y muy en su aquel de finuca. Más es señorita que menes-

trala, y limpia como los manantiales, y buena como la mejor... No es chochera, hijo, pero vale mucho y, no lo tomes por mala parte, pero parece que por ser la pequeña y la última, ha traído todos los consuelos, y toda la paz, y toda la alegría a nuestra vejez... Pero con to y con eso, es más temerosa que una liebre, que tras de mí está oyéndote y no se atreve, la pobruca, a hablarte.

—¡Pues yo quiero verla!—rió gozoso Darío—. ¡Hermana, hermanita, no me tengas miedo! No soy malo, no lo fuí jamás, y contigo menos lo seré... Anda, ponte junto a madre, y ya que estas rejas prohiban darte un abrazo, a lo menos deja que te besen mis ojos...

La aparición fué sorprendente; junto a las blancas cabezas brilló el pelo negrísimo de la moza; cerca de las mejillas arrugadas y bocas hundidas, el cutis rosado y los labios

rojos de carmín, más, de ascua, alegría fueron.

Y más elogió luego de oírla.

—¡Qué voz! ¡Si es de plata!

Ella, por trueque del piropo, ya no miró a Darío con recelo, sino con placer.

—Yo—le dijo, cual si hablara a un hombre que no fuera su hermano—tenía gran deseo de verle...

—¡De tú!—advirtió el padre.

—Bueno, de ver...te; y se lo dije al abuelo; pero se negó cuando otra vez vino en balde, porque no le dieron razón de tu persona; pero hoy, hoy me empeñé, y al fin me han traído con ellos.

Nada hacía el preso sino mirarla, oírla sin pestañear, sin respirar casi, y aquella adoración gustó a la moza tanto, que sonriendo le decía:

—Y he venido para traerte una cosa hecha por mí y que te darán.

—Una bufanda; díselo claro.

—Justo, una bufanda. ¡Tendrá tanto frío el pobre!, me dije muchas veces, y merqué lana, y en pocas noches se acabó...

Al conjuro del amable decir, suave como una caricia, el preso movió los labios, no para hablar, sí para fruncir un beso de agradecimiento.

Sus ojos, más grandes, más oscuros, con cuencas más violáceas, relucían, y sus dedos, engarfiados en los barrotes, eran más tensos, más de garra.

En esto, ¡oh, fiera reglamentación!, una palmada dieron; los que comunicaban a marcharse iban; el vigilante comunicó a Darío que le siguiese, y Darío, sordo a todo lo que no fuera *su* voz, asido a la reja quedó un gran rato.

Ya no estaba sobre él el lienzo blanco de la pared, su horizonte, y, sin embargo, aun la veía, aun la sentía...

Sonámbulo, por los fríos patios marchó y al taller fué, y, no obstante, a pesar de ello, mirándola vivía. El ruido de los martillazos no pudo ahogar su voz de ternura, su voz de halago, su voz de timbre nuevo.

Y pensando en ella, en los ojos tropicales, en el pelo de humo, en la boca de llamas, fué el preso feliz.

—¡Así es, así era...!—dijo en voz chita.

Y, nervioso, ante la sorpresa de su vecino de banco, sacó el dibujo que mostrara a Luis, y, mirándolo, rezó.

—¡Es la misma; es ella...! Pero... ¿por qué lo es? ¿Para qué lo es...?

Un calofrío corrió por su cuerpo; una nube roja subió hasta su frente, y cuando los brazos elevaron el dibujo de la soñada

mujer hasta su mirar, cuando desmayados iban a dejarle caer sobre su boca, repúsose, y con rabiosa amargura se le oyó decir: "Soy un monstruo..."; y luego, desalentado, "¿Por qué, por qué serás mi hermana...?"

III

EL CUERPO DE DARÍO ES UNA HOGUERA

Ocurren cosas en la vida que si se ponen en los libros nadie las cree, y, sin embargo...

La tarde que Amelia, la linda y buena Amelia, volvía del Cantueso con la visión lacerante de rejas y uniformes en las pupilas y de chirriar de llaves en los oídos, el Amor, en figura de mozo guapo, subió al tren, a su lado se puso, y no eran llegados a la ciudad cuando ya declaraba sus pretensiones.

—Que es usted guapa, no es necesario decirlo, porque se sabe; pero lo que sí digo, en serio, con jeta de fiscal si lo exige, es que me gusta más que mucho, y que encontrarla

y enamorarme sin atenuante alguna, es tan de verdad que se lo juro por mi alma, limpia del todo, para que me lo crea.

No obstante la amargura, agradeció la moza el decir galano.

Los viejos, recordándose y recordando al hijo en días menos tristes, no advirtieron que los jóvenes cuchicheaban.

—Si no te paro—habló el marino—le dices al pobre, y hubiera estao muy mal, lo de Lucio.

—Verdá. ¡Y no me lo perdonaría...!

—¡Floja cosa era...!

—¡Digo! Como que por él, que tuvo que conducirle de una a la otra estación, lo supimos.

—¡Y cuánto sufrió al hacerlo!

—¡Calcula!

—Pero a su oficio pertenecen deberes tan duros, como al mío de saber de manjuas y

de aparejos, y al que tu persona se ha dedicao, de la compra y venta.

—Eso, sí; pero que un hermano sea el guardián de otro hermano...

—Pa eso, pa evitar que lo sea otra vez, y pienso que para que no se sepa, es por lo que se ha largao.

Lloraba la madre.

—¡Qué tristeza!—dijo—. ¡Cuando uno vuelve, el otro se me va!

—Sí que es dolor; pero pa mí que ha hecho bien el Lucio.

—No te digo que no, marido; pero una sufre y...

—Pa eso, por desgracia, nacimos, mujer.

La pareja joven seguía hablando; él juraba, ella se reía, y los dos se miraron gozosos.

—Apuesto—dijo la moza—a que usted no es de por acá.

—No; he tenido la suerte de nacer en Madrid.

—¿Suerte?

—Como la de nacer con una miaja de simpatía.

—¿También presumido?

—No, es que lo da la tierra.

Entonces, burlándose, exclamó Amelia:

—¡¡Oh, Madrid...!!

—¿Lo conoce?

—Ni ganas.

—¿Cómo?

—Cuentan que los de Madrid son malas personas.

—¿Quién dice eso?

—Servidora lo ha leído en alguna parte.

—¡Como no sea en algún cuento escrito por algún fracasado en Madrid...!

Rió el mozo y también la morena.

—En Madrid, y continúo, para que lo sepa por vía legal y para que lo pregone entre sus amistades, ocurre que lo malo lo hacen los

malos que llegan como huídos de todas partes tal que perros con la lata a la cola. ¿Los madrileños...? Los madrileños, niña, aunque peque de "farol", como por aquí dicen, somos nobles, generosos, dignos, y como tenemos lo mejor de la tierra, es decir, la alegría, no sabemos nada de lo que mata a tanto desgraciao que de rabia y envidia se mueren...

—¡Vaya charolina, mi amigo...!

—Ni más ni menos—replicó sonriente—. Pues, ¡qué!, ¿voy a consentir que sin razones manchen de baba y bilis a mi pueblo? No y no. Los míos, los de Atenas—otra vez reía la moza—, llevamos el corazoncito en las dos manos. ¿Que un hijo de mala púa lo desprecia? Peor para él, que se ha dejao el corazón en la lata de los desperdicios y no sabe del goce de estar contento, y ser franco, y vivir como las personas y no como las hienas...

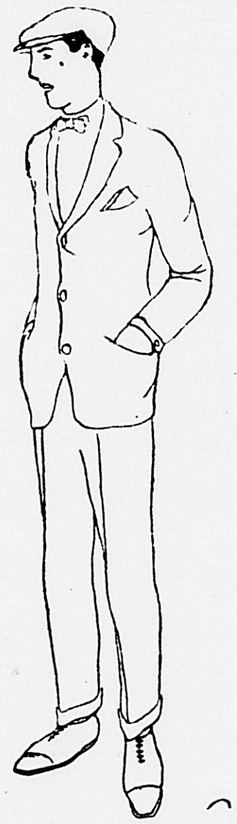
—¡Quien le oyera, diría que se le ha faltao!

A la agudeza de la joven repuso el mozo:

—Por usted no va esto, que merece haber nacido en la mismísima calle de la Montera o, mejor, en la del Mesón de Paredes, va por lo de antes, por los que, como las pescadillas, están fritos de envidieja y se muerden la cola; para usted va esto otro, ya que no tardando haremos el padrón juntos...

—¿Juntos?...

—No sea curiosilla y anote, para que lo sepa y grabe, que me llamo Luciano Martín y Ruiz, o, lo que es igual, que tengo padres por ambos laos, el derecho y el otro, que no soy rico hasta que esa boca de fresa rica me lo llame, que vivo de lo que trabajo, que no soy canónigo, como quería una parienta muy beata que sufro por carta, ¡no se asuste!, sino camarero del Palace, y que



veraneo en el Club de la playa, donde saco para los garbanzos, que, como buen patriota, les defiende cuando les denigran y llaman "cebada de los españoles".

Tanta gracia le hizo a Amelia la salida, que rióse; pero él, muy serio, continuó:

—Además de lo dicho, tengo, para el mes que entra, cinco durazos, es decir, dos años más de lo que se exige para ser libre del todo; fumo apenas, no bebo nada, porque el beber encanalla y yo quiero conservarme decente, y añadiendo que por desgracia mi madre murió hace años, lo que quiere decir el ahorro de suegra, termino ofreciendo mi corazón como antes dije, para, si le peta, lo amarre al suyo, y si no, lo entregue, como cordilla, al gato...

El convoy, bordeando la lámina azul del quieto mar, ya entraba en San Javier; a un lado, la carretera; sobre la carretera, un ce-

rro con cipreses, y formando rúa, los depósitos de la madera y el de tabacos: rojo, con apariencias de matadero, y la caparazón del ferrocarril del Norte, y el palacio del obispo, y, sobre míseras casas, los mástiles del puerto, lleno entonces de mercancías y de chillidos de descargadoras.

Cuando el tren llegó a parar, Amelia—le había gustado el mozo—había dado una cita a Luciano, y Luciano, agradecido, un apretón de manos a Amelia.

Darío, en tanto, presa de angustia, que era galope en su sangre, pensaba en la moza, y el recuerdo de su mirada, y de su sonrisa, y de su voz, fuerza tuvieron para borrar cuanto con sus padres se relacionase.

Reconoció—Darío era sensato—que el frenesí que dedicaba a Amelia era delito; convino en que amarla era justo, eso sí, pero con un amor más amagado, con un amor que

no viera en su carne la materia, ni en su boca el placer, ni en sus ojos llamas de deseo.

—¡Es mi hermana, es mi sangre—pensó—, y quererla... mal es monstruoso; pero...!

El instinto, dormido largos años, despertó salvajino, y otra vez la morena fué obsesión y locura.

Y en balde buscó Darío distracciones en el trabajo. Sin resultado cansó su músculo, pues rendido soñaba con ella, y al despertar, el quebranto era negrura en su alma y en sus ojos de misteriosa umbría.

Aquello era horrible y también vergonzoso; pero ¿qué hacer si el instinto, saltando por sobre la voluntad, le llevaba como espectador ante la belleza picante de su hermanita? La batalla, pues, era cruenta; él, su cerebro, condenaba la pasión nacida al borde del pecado; pero la carne, su carne hambrien-

ta, ciega hasta el minuto en que Amelia apareció en el locutorio fementido, rebelábase arisca y, con bravío selvatismo, los fueros de bestia reclamaba.

Una noche, horrible noche que soñaba con placenteras manipulaciones—puente tendido hasta la orilla del placer consumado—, despertóse aullante, gemidor.

Al ruido que hiciera acudió quien vigilaba; varios reclusos acudieron también, y con esfuerzo pudo sujetársele, pues, perlático, se revolvía sobre la colchoneta, y con ojos espantados miraba, y con voz rota decía, trémulo:

—¡Soy una fiera! ¡¡Tengo un lobo en el corazón!!...

Pasada la crisis, y por mandato médico, en la enfermería hubo de entrar.

El bromuro y las duchas templaron un poco sus nervios, en desorden.

Y así, un día y una semana, hasta que cierta noche, el diablo, que no duerme, trajo a la mente del taciturno y callado, la figura palpitante de la hermana morena.

Y ocurrió otra vez que el pecado los unió tan a su gusto, que un máximo deleite rasgó la nube de sueño y vino un despertar más desesperante, de mayor pena, de irritación y arrojo más graves.

Y gritó como gritara:

—¡Auxilio! ¡El lobo me muerde otra vez...! ¡Socorro! ¡¡Socorro!!

Alguien dijo que la demencia era su mal; pero como no era así, así hubo de reconocerlo quien lo dijo, ya que durante el día razonaba como el más cuerdo.

Sin embargo, el doctor de la penitenciaría habló:

—Yo opino, puesto que no hay, a lo menos no se conoce, delito de sangre que pue-

da despertar su conciencia hasta el punto de provocar crisis tan agudas, que el mal de ese hombre es un mal que curar puede mejor que yo el cura, y a él hemos de ir si algo conveniente queremos conquistar.

Así se convino, y el capellán, viejecito de ojos dulces y maneras suaves, tomó el encargo de habérselas con el embrujado Darío.

Fué tarea fácil: el preso, humilde si humilde era quien le hablaba, recibió al sacerdote con mucha complacencia, con franco contento, pues presintió, viéndole, que con él su corazón podría hallar el sosiego que tanto ansiaba.

Y le dijo todo, todo; desde su indiferencia por la mujer hasta aquella locura por Amelia; desde la impresión que tuvo al mirarla hasta los espasmos que gozó soñándola entre sus brazos de Hércules.

—Yo sé, padre—dijo atribulado—, que

peco amando así; que es vil y es infame recordarla como no sea para quererla limpiamente; pero no puedo, no puedo...

Lloró con rabia; lloró con aflicción hondísima: de rodillas vino a caer a las plantas del sacerdote, e hiposo, angustiado, decía:

—¡Arránqueme esta idea! ¡Ayúdeme a matar al lobo!...

¿Qué podía hacer el buen pastor en trance tan duro? Lo que hizo: aconsejar calma, rezar, pedir, como cuando niño, ayuda a la Virgen.

Pero quedaba algo por solucionar aún: el que la mujer guapa no volviera.

—Pero ¿cómo hago eso?

La perplejidad del cura era tanta que hasta dar con una mentiruca piadosa no pudo dormir.

—¿Cuento a los padres la verdad? No, eso no; eso sería espantoso y a nada conduce.

¿Digo que él no quiere verla? Menos. El desamor a la pequeña lo tomarían a mal, y con remuchísima razón. ¿Qué hago entonces?; porque lo que es necesario es que no se vean por vez segunda, y así, poco a poco, borrarla, quitarla de su recuerdo.

Y sin decir al jefe el porqué de su orden, dijo, encareciéndolo, que cuando llegase otra vez la familia de Darío, le avisaran antes de dar la comunicación.

—Antes, ¡eh!—dijo muchas veces—. ¡No se olvide! ¡No sea que por distracción la estropeemos más!

Hecho esto, dióse nuestro buen *páter* a pensar lo que diría a Amelia para que no viese a su hermano.

Felizmente—el sacerdote creyó en lo milagroso—, a la visita segunda vinieron los ancianos.

—¿Vienen solos?—interrogó al empleado que se lo dijo.

—Solos.

—¡Entonces...!

Aun dudó unos instantes y, elevando los ojos al cielo, dando mentalmente las gracias al Dios de su creencia, terminó así:

—Entonces..., nada; pueden verle sin inconveniente alguno.

Y salió Darío a los locutorios y, asustado de su propia voz, preguntó por ella.

—¡Tan guapa y buena como está!—respondióle su madre—. Cose mucho; es muy trabajadora; te recuerda constantemente..., y pa que veas que es así, te manda unas cosucas con su retrato, y...

—¡No lo digas!—sonrió el viejo—, que ella ha prohibido que te lo contemos, Darío.

—¿Que me lo cuenten?... ¿Pues qué es?

—Es...

—¡Mujer, luego lo sabrá!...

—¿Luego?

—Sí, dentro de un rato.

—¿Entonces es que va a venir?...

Pregunta tan angustiosa no fué tasada en su valor insano.

Y el padre le dijo:

—No, no viene; es que en el paquete que te manda va un escrito de ella; y—no quiero que se me olvide—ha visto a mucha gente pa buscar el modo de que salgas antes de que cumplas.

Emocionado miraba y escuchaba.

—¡Es muy buena! ¡Es un angelote!

—No exagera tu madre ni tanto así; cuanto se diga de ella es poco: obediente, hacendosa, nada amiga de bailes ni de chismorreos... ¡Ya, ya verás, cuando juntos vivamos, cómo la quieres!...

De no oír entonces la oportuna palmada, es seguro que el preso, impotente a sujetar la emoción, hubiera llorado con desgarrante ahgustia.

El lobo que en el cubil de su carne buscaba escondrijo rebullíase inquieto, y sus fauces sangre tenían, y sus ojos, llamas muy rojas.

Tambaleándose, con la vista en tierra y las uñas clavadas como alfileres en la carne, al patio fué, y en el patio le dieron el paquete que la hermanita de los ojos negros le enviaba.

Con temblores lo cogió, con miedo lo condujo, apretado a su pecho, hasta una rinconada, la más sola, la más lejos de sus compañeros de prisión.

—¿Qué traerá? ¿Qué me dirá?

Febril, de rodillas, con dedos temblequeantes desató el paquetito, y con miedo—sin duda presentía la tragedia—miró una por una las cosas.

—¡Su retrato!... — dijo con perversión instintiva.

¡Qué de besos insanos puso en la satinada efigie!

Lo demás—y lo demás eran pasteles, tabaco, pañuelos, y hasta un peine de concha, y un frasco chico de perfume—no le importó nada; lo que importaba entonces era la cara morena que sonreía con ese rictus mitad pícaro, mitad idiota, que los señores fotógrafos hacen poner a los que retratan, y que nunca, nunca, dicen lo que debe decir: naturalidad. Pero de pronto, acordóse Darío de que con los regalos venía—su padre lo dijo—una esquela. ¿Dónde estaba?

Nervioso, la buscó, y entre los pañuelos perfumados hallóla.

Menudita era; en un sobre pequeño venía.

—¿Qué dirá?

Con miedo grande, que supo vencer la insania moral que se adueñaba de su cerebro enfurecido, rasgó el sobre.

Un segundo fué; un segundo bastó para que el mal de aquel enfermo estallase brioso.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que se casa? ¿Que se casa? ¡No, no se casará; no será de otro!... ¡Es mía! ¡La tengo en mi...! ¡En mi carne! ¡En mi deseo!

Y cuando a las voces acudió gente, era el presidiario, con la carta entre los engarfiados dedos, un montón de carne que botaba, que se retorcía epiléptico sobre la arena oscura del inmenso patio.

IV

ANTE EL PECADO

—Si de mí dependiera—dijo el doctor—, no saldría a la calle, sino a un manicomio, y muy vigilado por cierto.

—Pues loco no me parece que esté—opuso el director.

—¡Endemoniado sí que sí!—adujo el sacerdote.

El médico, un hombre enamorado de su ciencia, sostuvo que José Ruiz, o, mejor, Darío Mesa, era un peligrosísimo caso de demencia moral.

Sonrieron los oyentes.

De nuevo la ignorancia mofóse de su diagnóstico, tan justo como triste, que deja

en libertad a gentes de perversión dañina, de constitución tan envenenada por el instinto, que, aun no pareciendo dementes, locuras hacen tan atroces que manchan por largo tiempo las columnas de los diarios.

Y así, por no pelearse con amigos tan buenos como vanos, marchó diciendo:

—¡Ya, ya veréis como ése, caso tipo del hombre fiera, da que decir! ¡Como todos los vesánicos de orden moral, él, con la expansión y retracción de su carácter, con los arrebatos epilépticos y temblores extraños, con la actividad psíquica de su cerebro, que no es nada vulgar y que produce, por disociación vibráctil, el morbo del erotismo, hará algo tan monstruoso, caso de no llevar a fin su carnal idea, que terror causará el oírlo!

Pero Darío fué libre.

—Y ahora, ¿qué hago?—preguntóse cuando atravesaba en la barca de Cueto el trozo

de ría que junto a la estación tiene el desembarcadero—. ¿Voy a San Javier? ¿Me alejo por siempre de todos?

Fluctuaba su voluntad como indicador de veleta, y así, instantes tuvo de juicio que le aconsejaban ausentarse sin despedirse; pero el deseo, más vivo al contacto con la libertad, que a su paso mostró mujeres bellas y codiciables, aconsejóle dar al sino la solución.

Y un tren vino, y sin tomar billete en él acomodóse.

El billete que un áspero revisor le diera, al decir "¡Hasta donde vaya!...", para San Javier era.

Y a San Javier llegó, y a los brazos de su madre fué.

Ella, sin mirar a los ojos que la turbaban, que la desnudaban (añadió el poeta), dejó que su boca, ardiendo, llenara su rostro de besos rudos.

Cuando al fin la dejó, la carne de Amelia se estremecía, pero no de placer, sino de terrores, que los abrazos tortura fueron, y los besos, casi mordiscos.

No, no se engañaba: aquel besar no era limpio, aquel estremecimiento que advirtiera en sus brazos cuando por sobre el cuello se la enroscaban, escalofrío de susto la hicieron sentir.

—¡Cómo te quiero!—oyó que la decía chitamente.

Entonces, sí; entonces le miró; pero ¡ojalá no le hubiera mirado!, que las pupilas pareciéronle carbones encendidos, y la boca, con el labio inferior hacia adelante, boca de fiera, que, para serlo más, tenía cerca, en vibración, cual venteando, las alillas de su roma nariz.

De momento, no pasó más. Por la tarde, en el "Varadero", playa lujosa, aunque no

tanto que haya merecido hasta hoy la visita de las *cocots* de precio, Amelia, que con él y la madre paseaba, señaló a la terraza del Club y, sonriente, dijo:

—¡Aquel alto, rubio, que cruza, es él, mi novio!...

Fijamente miróle el salido de la penitenciaría. Su cara—Amelia se estremeció—era como de muerto; temblaba todo él.

¿De ira?

No: de pánico. Hombre carnal, miedo tuvo al mozo fuerte, capaz de herirle si reñían. Y como vencerle era difícil, le aborreció.

Y tanto pudo su odio, que más tarde, y de sobre la cómoda, tomó, cauto, sin que lo notaran, su retrato, y a solas, mordiéndole, lo arrojó a las quietas aguas de la bahía.

Por la noche... ¡Oh! ¡Por la noche!...

* * *

Ya el silencio reina; hay calma; ni campanas de reloj se oyen; todo es sosiego...

Sólo el respirar de los que duermen se escucha.

Como los pensares no meten ruido, la alcoba del llegado es una tumba; sin embargo, el hombre trema, el hombre sufre; las ideas llevan y traen a su espíritu como las olas a un cuerpo muerto, que a veces lo empinan hasta cubrirlo de nieve con su espumarajo; otras, lo zamarrean contra los peñotes costrosos, y también en el fondo lo sumen para que las voraces bestezuelas de Dios lo mordisqueen.

En lucha tan cruenta está el desventurado. El respirar de su hermana, que le llega como un murmullo incitador, respeto le aconseja; pero el ruido tenue de la hoja de maíz que hace su colchón, le provoca, le instiga...

Y salta embravecido, y hasta la puerta de su alcoba va.

Pero se detiene; un resto de razón le dice que el tabernáculo no debe ser profanado, y ante la cortina de feble cretona tiembla de cobardía y deseo.

Hay un segundo de vacilación; del lecho de Amelia brota un suspiro, una queja suave, y el hombre, empujado por el misterio, entra...

La tenue claridad que un farol de la calle, adentrando por las rendijas de la ventana su luz, permite mirar, bajo la colcha rameada, un cuerpo bien formado, y sobre la blancura de la cabecera el manto oscuro de sus cabellos.

Darío, de nieve, sin pulsos, sin fuerza más que para mirarla, suspira:

—¿La beso?...

Aquella pregunta, que le asedia hace rato, le persigue, le empuja:

—¿La beso?...

Sí, la besa; pero quedamente, a flor de piel, tan suave, tan a modo, que la guapa, soñando, sonríe.

Torna el hombre a besarla; los brazos, como si rompieran cuerdas sujetadoras, pugnan por ir hasta envolver su cuerpo, que abraza quedo.

Entonces, sin despertar, se estremece ella; en el movimiento hay algo que el infierno se encarga de mostrar pecador, y es el hombro firme, y es el talle, y lo que tras el talle va en curva de alcarraza...

Y Darío, que nota cómo lo insano trepa hasta su boca, que es lija; hasta sus ojos, que no ven; hasta su cerebro, que arde, abraza a la hermana; a juntar su cuerpo a su cuerpo va, cuando de lo oscuro viene un ¡ay! amargo.

Todas las nieves de la montaña han caído

sobre la hoguera del pecado que al hombre consume.

El ¡ay! es de la madre.

¿Será de dolor? ¿Será de pena?

Otro suspiro se escucha, un "¡Hijo mío!" lo escolta grave, y sin mirar a la mujer que es incitación y belleza, y aterrada se hace la dormida, huye a su camastro.

Desesperadísimo, se increpa, e irritado se araña, y con un frenesí loco, muerde el cabezal, y besa el cabezal, y, a la postre, sobre sus besos y su llanto queda dormido...

Después sueña que se mata, y revive, y sueña que los labios de la nazarena mujer buscan sus labios, y que el otro se interpone, hasta que despierta, y se viste, y a la calle escapa.

Cuando, más calmado, vuelve, y su hermana le dice: "¡Anoche soñé que te ibas!...", Darío baja los ojos al suelo, porque ella le mira cejijunta.

Una interrogación flota en su labio; pero no la hace; la serenidad, la frialdad que en ella advierte le asusta.

Ante su ceño, que ve de desdén, tiembla, vacila como un beodo, y a una silla cae, sujetándose el pecho.

—¿Qué te pasa?—pregunta con ansia la madre.

El sonríe, y en voz baja, más baja porque con dificultades sale por entre los dientes, susurra, mirando a la que mataría, y besaría, y adoraría:

—¡Es el lobo que sigue mordiendo mi corazón!...

V

BAJO LA MIRADA CANDENTE

—¡Tanto gusto!—dijo Luciano cuando su novia le presentó a Darío.

Se examinaron los hombres.

La mirada del camarero—cara de feliz, sonrisa de confiado, ademanes sencillos—contrastó acremente con la agazapada del licenciado en el Cantueso.

Amelia lo advirtió y, valerosa, desafiando casi, se puso cerca del novio.

De contar con fuerza, de no hallarse fatigado de la brega que por el mundo llevó durante años, allí mismo cerraría contra su rival; pero ¿a qué hacerlo? ¿A qué intentarlo siquiera?

La pujanza del otro le contuvo, y fingió.

Y... dolorosa fué la pregunta:

—Y... ¿cuándo es la boda?...

Gozosísimo respondió Luciano:

—Dentro de dos semanas; al día siguiente de cerrar el Club, y luego, después, a mi Madrid, a mi felicidad...

Tan sencillamente dijo aquello, que Amelia suspiró arrobada, y Darío, no obstante mirar de manera torva, también.

Pero había de fingir, y tan bien fingió que hasta ella engañóse, creyendo sincero lo que era falso.

Por la tarde—no tardó mucho en asomar la serpiente—, Luciano recibía este anónimo:

"... te casarás con la hermana de un presidiario que lo fué por ladrón?"

—¿Y a mí qué?—se dijo el muchacho—. ¡Bueno estaría que mi honra y su honra dependiesen de la honra de los demás!

Despreció el escrito, escupió en él y dichoso dió en pensar en si los ojos de *ella* no serían de azabache, la boca de fresas y los dientecitos de nardo.

Y pasaron muchos días, y uno turbio, de silbante cellisca, el anterior a la boda, llegó otro anónimo:

"... no te cases; Amelia es indigna de ti; averigua, y sabrás que se dice..."

¡Cómo! ¡Su futura, su mujer a la mañana siguiente, ¿no era honrada?

¡Cuánto sufrió el muchacho!

Su corazón le dijo: "Ese anónimo miente"; pero la duda, la maligna duda, invisible gorgojo que se adentra en el alma y la corroe y la martiriza a punto de consumirla en la voracidad roja de un incendio peor que todos, pues destruye la fe, era su martirio.

Y aun pecando de rudo y de grosero, se lo dijo.

Paseaban entonces por la inmensa playa de la Ribera; el sol, candente, se hundía en la mar, la noche iba llegando.

—Mira y lee—díjola seco.

Por un instante su corazón no pudo latir; ella, pálida, devolvió el escrito, y concisa, seria, preguntó:

—¿Y tú crees...?

—¡Yo!...

—¿Dudas?

No respondió el hombre.

—¡Pobrecito! ¡Te quiero tanto, tanto —lloraba—, que te perdono el que dudes!

Avanzaba la noche; el ojo sangriento de un faro, índice rojo que señalaba al cielo, vertía en las aguas torrentes de luz.

—¿Dudas?—repetía quedo la moza—¡Dudas porque un canalla, un diablo venido del mismísimo infierno, quiere alejarte de mi dicha! ¡Nó, no dudes; sálvate, por-

que sin mi amor no podrías vivir, y sálvame llevándome lejos!...

Iba Luciano a pedir aclaración de cuanto oía; pero Amelia, de su brazo, amorosa, atajóle continuando:

—A nadie amé más que a ti; ningún hombre supo de mi amor; pura soy como la nieve más alta, como el manantial más limpio, como el recuerdo que guardes de tu madre querida... ¡Te quiero, Luci mío, te quiero y no te dejaré marchar! En otra ocasión, quizá por orgullo te despidiera; hoy no: hoy te digo, te ruego. ¡¡Llévame a tu amor, pero llévame pronto, muy pronto!!

La creía. ¿Cómo no creerla si su mirada era dulce y su decir suave?

Sin embargo, Amelia insistió marchando a lo oscuro, trepando a la montaña, que era cantil del verdinegro mar.

—¡Soy pura, limpia de toda falta! ¿Lo

oyes? Pero si lo dudas, tómame aquí mismo, sobre la hierba, sobre las rocas...—Su voz tornóse candente, vibrante.—¡Tómame; tuya soy; no quiero ser de nadie más que de ti! ¡Y si adviertes que te engaño, me insultas con las palabras más soeces, me pegas como a una perra mala, y, odiándome, me precipitas para que rebotando en las rocas vaya al precipicio!...

—¡Amelia, eso no, no, no!—suspiró el muchacho.

—Sí; no quiero que vivas hasta mañana en la horrible duda. ¡Tómame, tómame!...

Y enloquecida, exaltada, brindando su boca a la boca del amado, desbotonó su blusa.

El momento fué emocionante, pues él, de rodillas, abrazado a sus piernas, sostén hermoso de su cuerpo divino, suplicaba:

—¡No, no! ¡Te creo, te creo! ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!...

Y a los brazos de él fué llorando de felicidad.

Entonces el ojo del faro fijó su pupila candente en la joven pareja que, plena de dicha, se besaba.

VI

UNA SENTENCIA CANALLA

Aquella noche no durmió Darío en su cama: de una en otra taberna, fué buscando en el vino consuelo a su dolor, bálsamo a su pena, valentía para hacer crimen su desesperación.

—¡No se acostarán juntos!—dijo irritado—. ¡Antes los mataré!...

Y avanzó la noche, creciendo con sus negruras sus bárbaras ideas.

—¡En la iglesia debe ser, y será!—declamóse borracho—. Cuando el sacerdote pregunte aquello de "¿Quiere usted por esposo...?", yo diré a voces "¡No!..." Y con este cuchillo—escarbaba en su negra fa-



ja—, ¡zas!, ¡zas!... ¡Muertos!... ¡Todo, antes de que la acaricie!...

Pero en la iglesia no pudo ser: un resto de creencia desarmó su brazo.

—¡Pero luego, sí!—esclavizado por la idea, decía, obsesionado—. ¡Luego, a la noche, sí!...

Fué un día alegre, una boda alegre, de juventud y de algazara; las compañeras de la novia, ramillete de frescas muchachas, lucieron su garbo junto a los amigos de él, gente chistosa y fina que sembró flores cortesanas en el oído poco hecho a flores de las mozas norteñas; y no faltó gente de mar, ni tres o cuatro chicos merceros, que es, de la dependencia mercantil, lo más urbano; ni una comilona en el *restaurant*—"La Delicia" se llamaba—; ni el organillo chulapón, lanzador de alegres cuplés; ni cigarros contrabandeados, lo que decir quiere mejo-

res que los que expenden las estanqueras; ni buena armonía, ni risas, ni vino...

En su papel de fingidor, no fué Darío el que menos hablara ni el que menos bebiera. De la noche última quedóle un cansancio frío, de plomo; pero al beber más, más se excitó y más se aferró a su plan malo.

—¡Oh! ¡Cuando volvamos!—pensaba.

Pero un ángel chistoso y aun pícaro, que velaba fiel por la pareja de firme amor, no quiso que una acción ruin manchase alegría tan sana.

Y fué de manera que, antes de la noche, amparados por los padrinos, escapasen por tras el merendero en huída retozona.

—Pero... ¿y los novios?—indagó graciosamente alguien.

Inútilmente se les buscó, y cuando por la madrina se supo la marcha, un clamoreo de risas, de dichos bribones, de palmoteo de regocijo, lo llenó todo.

Darío, pálido de ira, preguntaba, no sin disfrazar su encono riendo:

—¿Y dónde estarán ahora?

¿Cómo saberlo? Uno dijo, ya que cuarto no tenían en San Javier, que de seguro en una fonda...

Bastó aquello para que el presidiario escapase.

Y toda la ciudad la recorrió preguntando, sin que le dieran razón de los fugitivos.

Nada le quedó por ver; hasta en los hoteles de precio preguntó.

Imposible; cuatro horas de marcha dolorosa e infructuosa sólo sirvieron para desesperarle más.

—¡Y su carne rica será para él!—rugía lejos de las gentes, cara a las olas negras.

Fué un martirio cruento; revolcóse desesperado en la fina arena de la plaza, y golpeó su carne con ira furiosa, y a gritos

juró, amenazó al cielo con frases viles hallar a los novios y acuchillarlos, y morder luego su corazón con saña digna del lobo que con el suyo alimentaba.

Y a la ciudad, llena de luces, de sonrisas y de lujos, volvió mohino.

En el paseo, donde una banda tocaba cosucas de la tierra, encontróse; pero como no era aquélla la rima que necesitaba su ánimo, a calles ocultas fué a parar.

Y en una estrecha, sucia, de discreto alumbrado, una mujer sonreidora y bonita le brindó cariño:

—¿Vienes?

Fué; la carne de pecado podía ser el abrevadero donde su ansia bebiera hasta hartarse.

Y amó con rabia, y luego, ante la carne triste que fingía gozo para comer pan, descargó su pecho; dijo de su dolor amargo,

confesóse gimiente y, cuando sin la tara de la mala idea quedó el espíritu, cerró los ojos y al sueño entregóse feliz...

Y ocurrió en seguida que la mujer bonita, la bestia alquilona, la materia perfumada que atenta pareció escuchar los lamentos del desventurado loco de sangre y de erotismo, deslizóse del lecho para subir a una sala plena de obscenidades y cursilerías, donde otras como ella, una vieja que hacía de "pastora" y un chulo tan repugnante como guapo, jugaban al tute "ilustrao".

Y a todos dijo, cuando encendían un pitillo que le dieran:

—¡Vaya pelmazo el que me ha caído esta noche!

Y contó: primero, la fiereza de sus abrazos; después, su amargura, y más después, la confesión y el lloro.



—Pues mira tú que si eso es verdá—exclamaba una de ellas—, ¡será un drama espantoso!...

—¡O una novela que ponga el pelo de punta!...

La guardadera del placentero ganado rió con desdén.

—¡Música!—dijo—. El que lo dice, y conste que sé un rato largo de valientes, no lo hace... Lo que pasa, y ésta no se ha fijao, es que el canelo venía un poco borrachuzo.

—¡Verdad que sí!..

—¿Lo veis? En otros, el vino les da por querer hacer honrás a las que no lo somos, y si volviéramos a serlo nos aburriríamos la mar... Y de ésos, de los moralistas, decimos todas: ¡Que buen vino tiene! ¿No es así?

—Así es.

—Pues éste, como los que hablan de ma-

tarse, o de tirar bombas, o de asaltar un convento pa cargar con una doña Inés cualesquiera, caen del otro lado; es decir, del lado de aquellos que dan más la lata porque tienen peor vino...

Todos, hasta el chulapo, opinaron que decía bien la "pastora", y, riéndose, continuó el tute.

VII

UN "BEL" MORIR...

Muy de mañana despertó Darío. Sin el peso de su lujuria notôse más alado, más noble, más misericordioso.

—¡No!—se dijo rotundamente—. ¡Mi deseo es un crimen! ¡Huiré y olvidaré este amor que me quema!

Ese fué el propósito, pero el infierno se opuso con tenacidad malhechora.

Y a su casa, no a despedirse, que se marcharía sin decir ¡adiós!, sino a recoger una ropa, un dinero y, ¡ay!, el retrato que le enviara, fué...

Pero la voz de ella, que estaba en el interior, clavóle en el quicio...

—¡Lo pasamos muy bien!—hablaba dichosa—. Al escapar, tomamos un coche, y luego el tren de Bilbao...

Y rió otra vez.

Darío supo vencerse y huir.

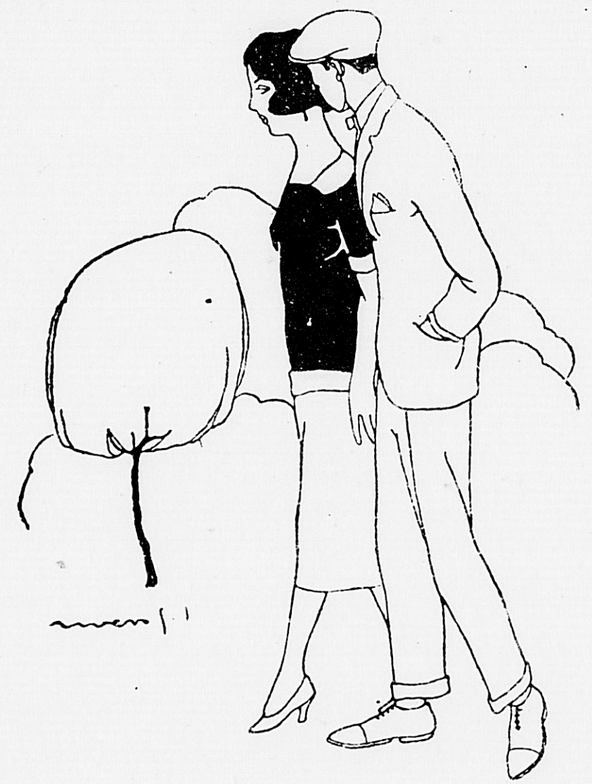
—¡La adoro, la deseo! ¡Pero no, no!... ¡Es mi hermana!

En la calle perdido, sin timón, por entre los jardines del bulevar fué, sentándose cerca de unos niños que jugaban.

Pero la fatalidad, en figura de mujer morena, le perseguía: *ella* y el esposo paseaban, llegaban como traídos por el diablo.

Un instante hubo en que el lobo de su corazón quiso saltar sobre los felices; pero el cerebro venció al instinto, y hasta el muelle escapó el mal enamorado.

—¡No!—tornó a pensar con menos fiereza—. ¡Es mi hermana! ¡Pero... que huya, que no la vea, que no la oiga!...



Y tuvo que verla y tuvo que oírla; el dedo rojo del Destino trazó en zigzag la ruta triste de aquellos desventurados muñecos de carne pecadora que se huían y, al fin, cara a la muerte, se encontraban.

Fué un momento inenarrable; lo trágico tuvo por escena un prado de esmeralda con zarzas negruzcas en las que piaban pajaricos; al pie, el mar, aquella mañana muy azul, y al fondo, blanca nieve en desdentados picachos.

La pareja de amor sentóse en un ribazo, y cerca, llevado por el misterio que tanto gusta del drama, Darío, cara al suelo, confesando a la tierra su desventura...

—¿Qué hice yo, ¡Dios!, para tanto sufrir? ¡No soy malo, ni ahora quiero serlo tampoco, y no obstante, el mal me muerde, el mal me persigue, el mal me daña! Si había de quererla, y mi querer era mal, ¿por

qué, Señor, la pusiste ante mis ojos? ¡La adoro, la deseo tanto, tanto, como a él le odio! ¿Que esto no debe ser? ¿Que no es de razón? ¡A un loco, y yo estoy loco, no se le razona, se le amarra!... ¡Amárrame, pues, Dios mío! ¡Sujeta a la fiera que quiere su carne, y si para ello necesitas de mi vida, tómala, destrúyela, que dejándome vivir temo que no pueda dejar de querer!

Y el diablo rió por la boca rosa de la moza morena.

Un paso, una zarza separaba el amor del crimen. Aquí, un lobo rugía; allá dos palomas se arrullaban.

Y Darío quiso escapar, pero no le dejó el Destino; tras la celosía del ramaje espiaba.

Y los enamorados se acercaron hasta abrazarse, hasta mirarse, hasta sentirse uno.

—¿Me amarás siempre?

—Siempre—respondió ella.

—¿Más que a nadie?

—Más que a nadie, más que a todo. ¡Sólo a ti amo!

Y un beso, estallido anunciador de la tormenta, sonó entonces.

Y fué cuando una nube, no queriendo que el sol, cara que ríe, dejara de reír por ver la tragedia, salió gritando:

—¡Pues no le querrás más!...

Y el hombre-lobo saltó sobre el hombre-paloma con un acero que brillaba tanto como Venus en noche oscura.

La sangre corría por entre las flores buscando la mar, y ella gritaba demandando auxilio, y él la abrazó frenético.

—¡Te adoro! ¡Un beso! ¡Dame un beso!

La repulsa fué acerba.

—¡Criminal!—le dijo.

—¡Un beso! ¡Uno! ¡Uno!...



—¡¡Cobarde!!

Y braceando, lucharon hasta caer.

—¡Uno!... ¡Uno!

—¡Nunca!

—¡Uno! ¡¡Uno!!

—¡Canalla!... ¡Canalla!

Le arañó, le escupió.

Entonces, a la fuerza, en un ataque de salvajismo, besóla en el pecho, en las mejillas, en la frente, en los ojos, que fulminaban rencor y odio.

—¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Pero no siendo para mí, para nadie! ¡¡Para nadie!!

Y el arma que mató al marido clavada quedó en el pecho de Amelia.

Y cuenta quien lo viera, unas mujerucas que repasaban redes, un rapaz que cuidaba terneros y un poeta que rimaba un soneto amante: que tras besarla en la boca con un beso largo, el prado dejó y a la playa se fué lentamente.

Y, ¡oh estoicismo!, sin dar oídos a los clamores de las gentes que al escenario de la horrenda tragedia venían, el amante loco siguió adentrándose en busca de las olas, sin titubeos, sin vacilaciones, con firme paso; y cuando el agua llegaba a sus labios, miró a tierra, y a la herida, que entonces levantaban, envió un beso, su último beso.

Zambullóse después, y el mar, bramando, se tragó a la cuitada criatura para la que el Amor fué un lobo...

Fernando Mora.

Revisada por las Censuras Militar y Gubernativa.

LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS
DE
EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

La Novela de Hoy

Muchas Gracias

La Novela de Noche

Editorial Atlántida

Calle de Mendizábal, 42.

APARTADO 473

Teléfono 24-53 J. **MADRID**

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año..... 22 ptas.
Semestre..... 12 —

EXTRANJERO

Año..... 32 ptas.
Semestre..... 19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año..... 24 ptas.
Semestre..... 14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MUCHAS GRACIAS

30 cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

SUCL.º DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.